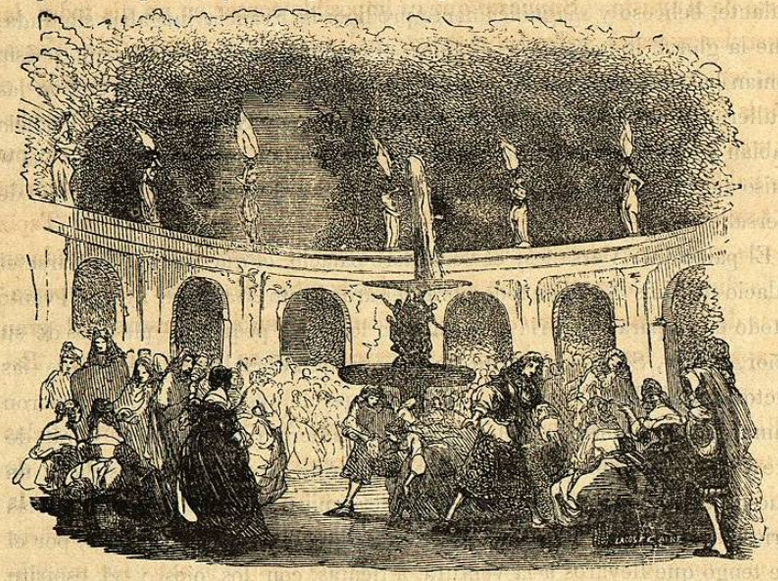
algun cortesano del siglo XVII; no ecsigiréis de mí, así lo espero, el estudio detallado y minucioso de los aposentos, de las galerías, de los patios y de las fachadas de esta incomparable residencia: no os causaré el fastidio de ponerme à contar las piedras detalladas, las puertas, los cruceros, los adornos, los peristilos y las estatuas del palacio de Versalles: recomendaré sin embargo, á toda vuestra admiracion, las obras maestras de bronce y de mármol que adornan el terraplen del castillo: las estatuas que representan á Sileno, Antinoo, Apolo y Baco: los bajos relieves que representan las victorias y las conquistas de Luis XIV.

En los jardines de Versalles es todavía mayor que en el palacio, el embarazo del que los visita: ¿á donde dirigirémos nuestro incierto paso? ¿A la fuente de Diana, al bosque de Flora, al reino de las Nayades, á ese retrete de flores donde va á sonreirnos una Vénus formada de la mas bella carne de Paros? ¿Adónde quereis ir por fin, á la era de Latona, al estanque de los Suizos, à las orillas de la fuente de Neptuno, á los invernaderos del Naranjal? Despues de las tradiciones heroicas ó amatorias de la mitologìa, á cada paso encontrarémos en los jardines de Versalles los recuerdos severos de la historia, la personificacion del arte, de la ciencia y de la poesía: el Apolo de Belvedere ve morir á la reina Cleopatra, mordida por un àspid: el poema épico se ha apoderado de Luis XIV; los dio-



ses y diosas de la fàbula escoltan, de una manera casi divina, al vencedor de la España y de la Alemania: cuando solo quiere marchar acompañado por hombres, forman su comitiva Trajano, César y Alejandro. Nada mas

el sol es bastante grande y bastante hermoso para verse cara á cara en la fuente del Espejo: es preciso ser una soberana, y una soberana llena de encantos, para juguetear sobre el césped en el bosquecillo de la Reina: la corte de Luis XIV danzaba con preferencia en el salon de rocalla, denominado sala de baile: allí danzaba al sonido misterioso de la orquesta invisible, compuesta acaso de esos pequeños músicos alados que se llaman pájaros: á la vista de estas reuniones, podria decirse que todas las ninfas, todos los genios, todas las creaciones magnìficas de la fantasía pagana habian vestido el trage y tomado los grandes modales de la corte de Versalles, para danzar una zarabanda en medio de las flores, tras una cortina de olmos, entrada ya la noche, muy lèjos del palacio,

A la suave claridad de las estrellas!

Si sois bastante poeta y bastante amante para soñar à plena luz, á despecho de todo lo que nos distrae á cada instante, en este mundo de la realidad fantástica, tomad asiento en el bosquecillo de Apolo, en el palacio de Thétis, entre las ninfas obsequiosas que sirven à porfía, que enbellesen, que perfuman, que adornan al dios del dia, é inmediatamente vendrá á vuestra memoria la mas tierna, la mas amable bucólica de Virgilio, y creeréis sentir en el fondo de esta gruta el *frigus opacum* del príncipe de los poetas de la corte de Augusto. Supuesto que es imposible contar en un dia todas las invenciones reales, todas las riquezas, todas las obras maestras de Versalles, sentémonos un instante sobre este prado que se ha denominado el *Tapiz Verde*: en Versalles hay arboles y céspedes que hablan: un arbusto, una flor, un manojo de yerba del prado en que estamos, puede ser que nos hablen del amor mas tierno y mas poético de Luis XIV. La Señorita de Lavalliére ha pasado muchos ratos ecshalando suspiros sobre el Tapiz Verde, sobre este tapiz de césped que la mano de Lenostre ha sembrado en los jardines de Versalles, que abrigan los bonitos piés de las bellas paseadoras de la corte; tela preciosa, cuyas franjas tocan á las gradas del gran terraplen, y à los bordes de esa vasta cascada que se llama el Gran Estanque.

El dia de hoy es digno de lástima el Tapiz Verde de Lenostre: todas las tardes los paisanos y los mercaderes y rentista de segundo órden de Versalles, se divierten en hollar esta móvil alfombra: los soldados de la guarnicion y los muchachos de la vecindad han reemplazado á los célebres hombres de guerra y à las ilustres bellezas del tiempo pasado: las muchachas casaderas de la ciudad han succedido á las nobles sirvientes de la corte, á todas las queridas, á todas las favoritas reales: los pages de Luis XIV son representados por los muchachuelos de Seine-et-Oise, y las en-

cantadoras damas de honor de Madama, han tomado la forma, la figura, todas las apariencias de las plebeyas de la entrada de Paris.

Hace dos siglos á cierta hora de la tarde, todo lo que quedaba en el Tapiz Verde de la brillante corte de Luis XIV, eran los oficiales de servicio, los pages del rey y las jóvenes de la comitiva de Madama. Parad un poco la atencion sobre la inocencia de espìritu de las señoritas nobles de aquel tiempo. Una tarde en vez de correr á la ventura por los inmensos jardines de Versalles, en lugar de buscar ó esperar aquellas niñas á algun amante bajo la sombra y en el silencio del follage, se ensayaban en marchar de un estremo à otro del Tapiz Verde, con los ojos vendados, sin tocar á la tierra de las dos calles laterales, sin traspasar los límites, los bordes, el cuadro florido de esta vasta estension de verdura. Verdaderamente era singular la obstinacion con que se esforzaban en realizar las condiciones de una empresa casi imposible: despues de mucho hablar y afanarse, se desviaban aquí y allí; volvian á comenzar á cada instante su afanosa y difícil tarea, y à cada instante quedaba por resolver el problema de la lìnea recta. Una de ellas, particularmente, la mas joven de las damas de palacio, se obstinaba en proseguir buscando esta solucion que no se podia hallar: por desgracia los piesecitos de la señorita de Lavallière no veian mejor que los de sus aturdidas compañeras, así es que dió tantos pasos falsos, se desvió de tal modo del Tapiz Verde, que á su vez la obstinada jóven fué saludada, en el círculo de sus buenas amigas, al estruendo de los epigramas, de las risas, de las bullas y de las coplas picantes.

Monseñor! esclamó repentinamente la Señorita de Lavallière, dirigiéndose al nuevo obispo de Condom, que la miraba de léjos con una especie de caritativa tristeza: vos que sois una de las lumbreras de nuestra Santa Iglesia, decidme, si os place, ¿qué significa tal misterio? Compadeceos de mi ignorancia, Monseñor: ¿os parece imposible llegar á tientas en línea recta hasta el otro estremo de este gran tapiz de verdura?

«Señorita de Lavallière, le respondió Bossuet en voz baja, cuando una muger es jóven, inesperta, débil y bonita, no debe jamas aventurarse sobre los tapices de la corte, ni con una venda en los ojos, ni con una pasion en el corazon."

La Señorita de Lavallière continuó sus paseos sobre el Tapiz Verde, llevando los ojos vendados con el pañuelo de Luis XIV, y estos paseos debian llevarla un dia hasta la puerta de un convento. Varias veces Bossuet viendo á alguna bella pecadora de la corte andar à tientas como una pobre vieja por el inmenso Tapiz Verde de Versalles, decia para sí con tristeza, acordándose de la Señorita de Lavallière: «perdonadla, Dios mio!..... héla ahí en el camino de las Carmelitas!"

VERSALLES.

Una vez que andamos por el Tapiz Verde con la señorita de Lavalliére, asistamos á las fiestas que se dieron en Versalles el mes de Mayo de 1664. Estas fiestas reales celebraban en apariencia, la inauguracion del castillo de Luis XIV; pero en realidad eran dirigidas á los hermosos ojos de la Señorita de Lavalliére. Las fiestas duraron diez dias: fueron preparadas por Vigarani, que dirigió les máquinas; por Lulli, que compuso la música; por Bencerade, que inventó las felicitaciones; y por Molière, que escribió los bellos versos de la *Princesse d' Elide*.

El gran poeta hacia decir á la Señorita de Lavallière, bajo el disfraz de una princesa de comedia:

«Sí, yo quiero permanecer en estos apacibles lugares, donde todo lo que se descubre encanta la vista. Nada es la científica estructura de todos mis palacios, comparada con las sencillas bellezas que forma la raturaleza. Estos árboles, estas rocas, esta agua, estos prados floridos, tienen para mí atractivos que no cansan jamas."

Y Luis XIV aplaudia con los mas tiernos latidos de su corazon estos versos de Molière, que eran una encantadora adulacion á los nacientes amores del soberano de Versalles.

«No seré yo, señor, quien repruebe los tiernos movimientos de vuestro corazon, ni el pesar de otros dias agriará el gozo que en estos momentos produce en mi alma el amor. Quiero que este me acompañe hasta mis últimos dias. El amor sienta bien à los monarcas, pues al rendir tributo á un rostro hermoso, dan muestras de abrigar una alma bella. Al contrario, no se debe esperar que llegue á ser grande y generoso el jóven príncipe que no sabe amar. Sí, esta pasion, la mas bella de todas, trae las otras virtudes en pos de sí."

Luis XIV fué de la opinion del poeta: comenzó por poner mucho amor en su grandeza miéntras llegaba el tiempo de que pusiera en ella mucha gloria.

Los príncipes y los súbditos inventaron locuras para rendir un secreto homenage á la heroina de estas reales solemnidades: se imaginó resucitar, no sé con qué varita misteriosa, á todos los personagec heroicos del *Ariosto:* pretendíase nada ménos que infundir una segunda vida, una vida real, la vida humana, á la fábula mas poética, al poema mas fabuloso y seductor de este mundo.

El rey pidió simplemente á los ordenadores de la fiesta, una nueva *traduccion* del Ariosto; pero una traduccion no en verso, no en prosa, sino en carne y hueso, una traduccion que debia dar á la poesía, y esto de la manera mas poéticamente visible, figura, trages, palabra, vida!

A gran señor grande honor! Luis XIV representaba al valiente y des-

graciado Roger, que se iba con sus nobles compañeros de aventuras, al palacio encantado de Alcina: vestia un trage griego sembrado de hojas de oro y de piedras preciosas: Roger deseaba con ardor deslumbrar á la bella Angelica. Ogier-le-Donois, Renaud, Dudon, Astolfo, Brandimart, Richardet, Olivier, Ariodant, Zervin, Griffon-le-Noir, habian hechizado al duque de Noailles, al de Foix, al de Coaslin, al conde de Lude, al príncipe de Marcillac, al marqués de Villequier, al de Jollecourt, al de Humières, al de la Vallière, al conde de Armagnac, quienes creian con la mayor seriedad posible, en esta mágica metamorfósis de la corte de Francia. Roland, disfrazado de duque, tuvo la desgracia de que por tres veces lo abandonase la memoria al recitar, en honor de Luis XIV y de Carlomagno, algunos pésimos versos de Benserade.

Las cuatro Edades, las Estaciones y las Horas, hicieron un papel soberbio en el teatro real de estas magníficas estravagancias: el oro, la plata, el bronce y el fierro, sirvieron para forjar coronas que los cómicos arrojaban á SS. MM. el rey y la reina de Francia. Las Horas caminaban con los piés mas pulidos de la corte de Versalles: Luis XIV se dignó abrazarlas à todas, y á mas de un gentil-hombre causó envidia, sin duda, este modo feliz de dar la vuelta al cuadrante. Un caballo, un elefante, un

camello y un oso, figuraban á las cuatro Estaciones: estos pobres animales, disfrazados de cortesanos, llevaban á la mesa del rey los frutos mas deliciosos de la Primavera, del Estío, del Otoño y del Invierno. El espíritu literario y el genio, tuvieron tambien su lugrar en las fiestas del mes de

Mayo de 1664: Molière obsequió al rey de Francia dándole en espectaculo los *Importunos*, el *Matrimonio por fuerza*, y los tres primeros actos del *Hipócrita*.

Solo el viento no quiso tomarse el trabajo de adular á Luis XIV; al contrario, sopló tan recio, que poco faltó para que se llevara todos los placeres de la *isla encantada*: hizo el viento el papel de un razonador en esta comedia real de Versalles. Una tarde á tiempo que este singular importuno se ocupaba en sermonear à la corte de Francia, preguntó el rey al duque de Orleans: ¿os acordais de haber visto un molino de viento en el mismo lugar en que está hoy la capilla de mi palacio? Sí, resposdió el duque, y aunque el molino ha desaparecido, el viento se ha quedado.

El viento que soplaba ya sobre Versalles debia derribar un dia muchas cosas y personas reales; ciertamente el duque de Orleans no preveia que dos siglos despues un Borbon de la segunda rama, un de Orleans, hecho rey por la gracia de las revoluciones, resucitaria, con el glorioso ausilio de todas las grandezas nacionales, aquel reinado brillante de Versalles, que fué abismado en el lodo y en la sangre, por una tempestad revolucionaria.

Y en efecto, sabeis tanto como yo, que Paris y la Francia han asistido de cerca ó de lèjos, á la resurreccion del palacio de Luis XIV, es decir, á una especie de milagro cuya sola idea habria infundido temor al reinado de Luis XV, al imperio omnipotente de Bonaparte, á la voluntad monárquica de la Restauracion. Hacia mas de cincuenta años que Versalles no era mas de un recuerdo materializado por árboles, estatuas, yerba y